
Walt Disney
Alicia en el país de las maravillas

Walt Disney

Alicia en el país de las maravillas

Según la obra de Lewis Carroll
Adaptación: Cécile Lameunière
Traducción: Ángel García Aller



Ediciones Gaviota, s.a.



El sol parece arder en lo alto del cielo. Sólo el vuelo de los insectos, con su cadencioso zumbido, rompe la monotonía de aquella tarde asfixiante de verano.
—¡Qué calor! —exclama Alicia pasándose la mano por su rubia melena.
—¡No debes quejarte de tan hermosa tarde! —la reprende Ana—. Buscaremos un refugio a la sombra.
Y las dos hermanas se instalan debajo de un frondoso árbol. Alicia, siempre tan inquieta, trepa hasta una rama y Ana se sienta al pie del viejo tronco, con un libro en la mano.
—¿Está cómoda ahora la señorita? —le pregunta.
Alicia responde que "sí", con un mohín de desagrado en sus labios, pues, en realidad, no sabe qué hacer para no aburrirse mientras su hermana se enfrasca en la lectura.
Inconscientemente, trenza una corona con las margaritas que ha recogido al borde del camino.

Ediciones Gaviota, S.A. - Madrid

ISBN: 84-392-8123-4
Depósito legal: LE. 1093 – 1986
Printed in Spain - Impreso en España

Editorial Evergráficas, S.A.
Carretera León-La Coruña, km 5
LEÓN (España)



Luego, Alicia se pone a inventar palabras: es una niña a la que le gusta soñar, imaginarse cosas fantásticas. A su lado, la gatita Dinah ronronea, buscando caricias:

—¡Tranquila, Dinah! Ya entiendo lo que quieres decirme: ¡Ron-ron-ron, calienta el sol! ¡Ron-ron-ron, ay qué calor! ¡Ron-ron-roneo, cuánto nos queremos!

"Ciertamente —piensa Alicia— en el campo hay muchas cosas, muchos animales que quieren que los escuchemos. Bastaría con comprenderlos un poquito, como yo comprendo a Dinah.

¡Y responderles de vez en cuando! Entonces nadie se aburriría y todos seríamos felices."

Alicia sonríe. Se encuentra tan a gusto, que cierra los ojos para seguir con su imaginación...

Dinah la observa y piensa: "¿se habrá dormido?"

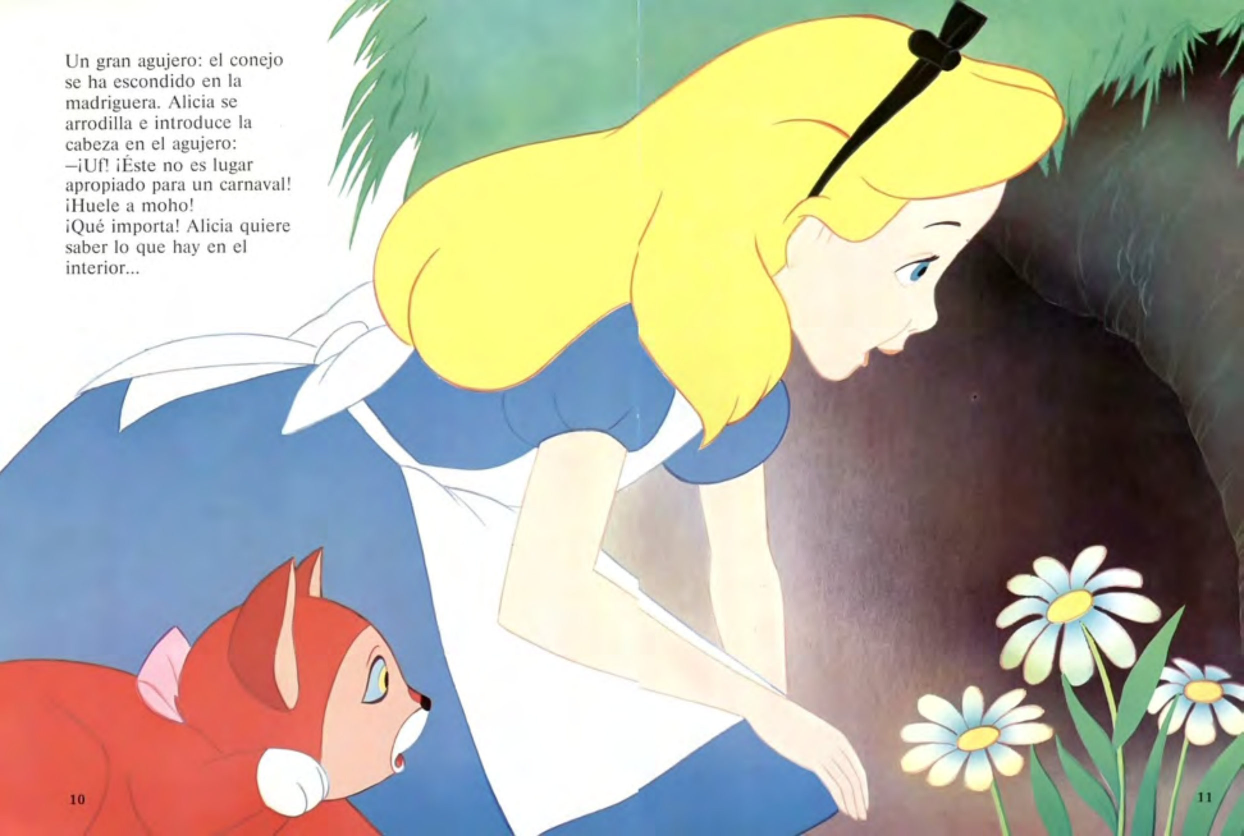


De repente, la hierba se estremece. ¿Una corriente de aire? ¡Qué va! Es un conejo blanco, que viene al galope. ¡Y qué conejo! ¡Con pantalones bombachos y levita roja! Alicia nunca ha visto nada semejante. Le hace una seña amistosa para que se detenga:
–No, no, no... ¡Llego tarde! –grita él.
–¡Espérame! –le suplica Alicia saltando del árbol.

–¡Llego tarde, llego tarde! –repite el conejo, mirando cada poco el reloj que arrastra tras de sí, prendido al chaleco. Alicia intenta seguirlo y pierde el aliento gritando: –¿Adónde vamos?
–¡Tengo una cita! –le responde.
El conejo, Alicia y Dinah van a todo trapo. ¡Qué carrera, amigos!



El conejo huye, por entre la verde hierba, como si fuera perseguido por mil cazadores. La borla blanca de su rabo aparece aquí y allá.
"A este paso, va a romper su reloj –piensa Alicia–. ¡A esta velocidad, es imposible llegar tarde! ¿De qué cita tan importante se tratará?"
Cada vez más interesada y dispuesta a descubrir el misterio como sea, Alicia corre al límite de sus fuerzas. Dinah no pregunta nada: se limita a seguir a su dueña. Llegan al extremo del prado. La espesa arboleda indica la entrada al bosque. Y allí desaparecen el rabo blanco y la levita roja... Alicia, en la penumbra, intenta no perder el rastro del conejo.
"¿Irá acaso a un carnaval? ¿En pleno verano? ¡Imposible!", piensa la niña.
–¡Llego tarde! ¡Llego tarde! –repite el conejo.
Alicia se acerca; oye incluso el tic-tac del reloj. Luego, nada...



Un gran agujero: el conejo se ha escondido en la madriguera. Alicia se arrodilla e introduce la cabeza en el agujero:
–¡Uf! ¡Éste no es lugar apropiado para un carnaval! ¡Huele a moho!
¡Qué importa! Alicia quiere saber lo que hay en el interior...

Se inclina un poco más y...¡plaf! Alicia, cae al vacío. Su preciosa falda azul se despliega en forma de paracaídas y desciende lentamente. ¡Qué extraña madriguera! ¡No está vacía, no es triste! Una tenue luz ilumina tan asombroso decorado. Allá arriba se oye un maullido: asomada al pozo, Dinah llama a su dueña. Pero ésta no tiene gana alguna de interrumpir este viaje fantástico que puede conducirla al mismo centro de la tierra. Admira, a su paso, candelabros de plata, preciosos medallones, espejos de imágenes cambiantes... ¿A quién pueden pertenecer todas estas maravillas que danzan a su alrededor? ¡Alto! Los pies de Alicia acaban posándose sobre un suave tapiz de hojas secas.





Alicia abre unos ojos como platos. ¿Dónde se encuentra?
–Conejo, conejo bonito, ¿dónde estás?
Un eco lejano le responde:
–¡Llego tarde, llego tarde!
–¡Vaya forma de repetirse! ¡Allí hay un pasadizo!
Alicia avanza por él, primero con ciertas precauciones, y luego a la carrera. Al fondo, ve una borla blanca que marcha a toda velocidad. Quiere atraparlo: ¡tiene muchas preguntas que hacerle!
El pasadizo tuerce a la derecha. Antes de desaparecer, el conejo se vuelve durante un instante: Alicia juraría que tiene los ojos de color rosa y llenos de malicia. En su persecución, llega a una gran sala, sin ventanas, en la que la luz parece descender de un techo invisible.
Oye chirriar una puerta oculta tras una cortina:
el conejo se ha escapado por allí.



Alicia corre la cortina y descubre una puerta muy pequeña, de madera azul. Trata de abrirla, pero es inútil, la puerta está cerrada con llave. Golpea entonces con los nudillos de los dedos –"toc-toc"–llamando:
–Conejo, conejo bonito, ábreme, por favor. ¡Yo soy tu amiga!

Oye como un murmullo:
–¡No tengo tiempo...! ¡Tengo una cita muy importante!
Alicia se siente decepcionada y cada vez más intrigada. Detrás de aquella puerta tiene que ocultarse algún misterio. Descubre la cerradura, una cerradura minúscula, pero que permite echar una ojeada al interior.



–¡Cómo serás tan curiosa!
Es la cerradura la que ha hablado. Alicia ya no se extraña de nada. La cerradura se ha abierto como una boca y lo que se ve al otro lado es tan bello, tan extraordinario, que la chiquilla no puede menos de exclamar:
–¡Es el País de las Maravillas! ¡Te lo ruego, puertecita, ábrete!
Por el ojo de la cerradura se ve un inmenso jardín: flores gigantes que florecen en matorrales de hojas tan finas como el encaje; surtidores que lanzan una lluvia de plata sobre estanques de mármol azul; pájaros multicolores que vuelan como flechas. ¡Oh! ¡Cómo le gustaría a Alicia entrar en aquel paraíso! ¡Cuánto daría por...!



La cerradura ha adivinado sus pensamientos y le dice:
—Ya ves que soy una cerradura complaciente. He dejado pasar tu mirada; pero tú no podrás pasar: ¡eres demasiado grande! ¡Ja, ja, ja!
La cerradura ríe, se burla de ella. ¡No conoce bien a Alicia! Cuanto más dificil es una cosa, más se empeña en llevarla a cabo. Mira a su alrededor. No hay ninguna otra puerta y, en la gran sala, sólo aparece un mueble: una mesa. Pero no es una mesa cualquiera. Bajo la luz que cae desde lo alto, brilla como si fuera de cristal. Alicia se acerca a ella para contemplarla más detenidamente y ve un frasco con una etiqueta que dice: "Bébeme". No duda ni un instante. Aquel mensaje, sin duda, es para ella y, de un solo trago, bebe el contenido.



Experimenta como un vértigo y cae al lado del frasco, a su mismo nivel: es increíble, ¡Alicia no es ahora más alta que el frasco! ¿Quién de los dos ha cambiado de tamaño? Ella, sin ninguna duda: la mesa, comparada con ella, le parece gigantesca. Alicia se ha hecho pequeña, muy pequeña, como una muñeca. Está tan asombrada que no es capaz de articular palabra, pero luego se da cuenta de que podrá realizar su deseo: ¡podrá atravesar la puerta azul!



Y mira a la cerradura con un gesto como diciéndole:
—¡He ganado! ¡Una simple vuelta de llave y entraré en ese misterioso paraíso!
La cerradura continúa riendo. Alicia se acerca a la puerta. Seguro que ahora tiene el tamaño adecuado para poder pasar, pero... la mano minúscula que alarga hacia la cerradura está vacía:
—La llave, te falta la llave —ríe burlonamente la cerradura.
—¡Vaya despiste que he tenido!
La llave está sobre la mesa. Alicia regresa pasito a pasito. Pero se encuentra con una nueva decepción: por más que se pone de puntillas y alarga los brazos, no puede alcanzar la llave.
—O grande o pequeña, tienes que elegir —se mofa la cerradura.
Alicia intenta escalar la mesa. Trepa, se eleva unos centímetros, pero luego cae, desplegando su falda azul. Una vez, otra... ¡Imposible! Comienza a desesperar.

—Mira a tus pies —le aconseja la cerradura, que parece divertirse ante sus desesperados intentos.
Alicia inspecciona el suelo y, mismamente debajo de la mesa, encuentra una caja de galletas. También ésta, como el frasco, tiene una etiqueta que dice: "Cómeme".
Alicia duda un momento: antes, su obediencia inmediata no le dio muy buen resultado.
—Come, come, come... —canturrea la cerradura. "Después de todo, ¿por qué no? —piensa Alicia—. Mi tamaño es ridículo; peor que estoy ya no me puedo poner; así que, magia por magia... y ¡adelante!"
Toma un galleta, la mira y remira con ciertas precauciones. Parece una galleta "honrada". Y, mordisco a mordisco, se come una, dos, tres galletas.





Las galletas están ricas. Pero Alicia, horrorizada, se observa las manos: crecen por arte de magia. Se contempla los pies: también se agrandan, se agrandan... El suelo parece alejarse y, cuando levanta los ojos, cree que su cabeza va a tocar con el techo invisible. La mesa ahora le queda a la altura de los tobillos. La sala ha perdido sus grandes dimensiones, y casi no tiene espacio para moverse. ¡Qué catástrofe! Su tamaño ya no es el de una muñeca, pero no ha ganado nada con el cambio; incluso es peor que antes: ¡se ha convertido en gigante! Ahora, la puerta azul le será tan infranqueable como el agujero de un ratón para un elefante. ¡Está atrapada!



Es presa del pánico, de la desesperación. Mira a un lado y a otro tratando de encontrar salida a tan terrible situación. ¿Dar marcha atrás? Imposible. El País de las Maravillas es para ella un reino prohibido. Nunca franqueará la puerta azul, nunca podrá pasear por aquel extraordinario jardín, nunca alcanzará al conejo blanco de ojos color de rosa, nunca sabrá de qué cita tan importante se trataba... Alicia se siente tan desgraciada, que rompe a llorar. Unas lágrimas, gigantes también, le ruedan por las mejillas como una lluvia de tormenta e inundan el suelo.

–Si continúas llorando, vas a ahogarme –le reprocha la cerradura.

–¿Y qué otra cosa puedo hacer? –gime Alicia.

–¡Pon a trabajar tu cerebro, en vez de lamentarte tanto! ¡Piensa en el frasco!

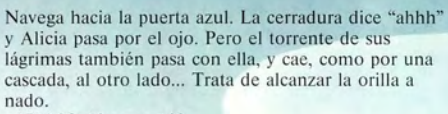


La cerradura, desde luego, parece pensar por las dos. Alicia enjuga las lágrimas con sus grandísimas manos. Busca con la mirada el frasco "Bébeme". No está completamente vacío. Lo que aún queda de la poción mágica quizá la devolverá de nuevo a un tamaño minúsculo. Pero sus lágrimas han transformado el suelo en un estanque, en el que chapotean sus enormes pies. Por fin, ve bajo la mesa el pequeñísimo frasco, que flota como un tapón en la superficie. Tiene que hacer verdaderos juegos malabares para atraparlo. Sus pies, como si fueran aletas, levantan unas olas que arrastran el frasco a derecha, a izquierda... ¡Uf! ¡Ya lo tiene!

Aún queda un poco de aquel brebaje: es su última oportunidad. Rápidamente, Alicia se lo lleva a los labios y bebe hasta la última gota. El efecto es inmediato. Un estremecimiento recorre todo su cuerpo, que inmediatamente comienza a transformarse. Se va reduciendo, reduciendo, hasta parecer un insecto, ahora forcejeando en la superficie.

¿Se ahogará? Busca algo a que agarrarse. El frasco vacío pasa al alcance de sus manitas y se aferra a él como a un salvavidas. Luego, trepa hasta colocarse encima. ¡Salvada! ¡Está salvada!





Navega hacia la puerta azul. La cerradura dice "ahhh" y Alicia pasa por el ojo. Pero el torrente de sus lágrimas también pasa con ella, y cae, como por una cascada, al otro lado... Trata de alcanzar la orilla a nado.

—¡Eh! ¿Quién eres tú?

El que esto le pregunta es un pájaro muy raro, vestido con un traje de llamativos colores; tiene un pico imponente, lleva sombrero y fuma en pipa.

—Yo soy Dodó —le sigue diciendo, antes de que Alicia haya tenido tiempo de contestarle.

—¡Buenos días! —responde ella asombrada.

Y, de repente, ¡cuántos espectadores! Bajo la atenta mirada del pájaro Dodó, desfila un batallón de cangrejos, gambas, estrellas de mar, que giran a su alrededor para verla mejor..



...y conducirla a tierra firme. Alicia contempla aquel extraño universo poblado de curiosos animales y le dice al pájaro Dodó:

—Ando buscando a un conejo blanco.
Sólo oye por respuesta una gran carcajada:
—¡Nada de conejos! ¡Ante usted, Tweedledee y Tweedledum, dispuestos a servirle en todo lo que ordene!
¿Quiénes son estos dos? Sin duda, se trata de dos hermanos gemelos. Parecen amables, alegres, pero son dos parlanchines que no atienden a las preguntas de Alicia.



El conejo no les interesa. Lo que quieren es hablar y hacerse valer.

–Te contaré una historia –propone Tweedledee.

–No, mejor un poema –le corrige Tweedledum, para darse más importancia.



—¡Sí, sí, por favor! —dice Alicia por simple cortesía, aunque estos ridículos personajes apenas le interesan. Tweedledee y Tweedledum discuten entre sí: ¿historia o poesía? Dicen una cosa, luego otra, hasta que por fin llegan a un acuerdo y anuncian, hinchando el pecho de satisfacción:
—"La morsa y el carpintero". ¡Es una historia-poema!
Aunque los gemelos se parecen como dos gotas de agua, sus voces son diferentes: la de Tweedledee es grave, la de Tweedledum aguda. ¡Qué cacofonía! Y para colmo, ahora resulta que no se ponen de acuerdo en un verso:
—"Yo me muero de hambre..."
—recita Tweedledee.
—"Yo ya no tengo hambre..."
—corrige Tweedledum.
Evidentemente, son cosas distintas. Pero Alicia está escuchando por escuchar, sin prestar mayor atención, lo mismo le da. La historia-poema le parece absolutamente estúpida.
—Seguid, seguid —les dice, no obstante.

Estos charlatanes son incansables. Ahora están relatando un cuento en el que unas ostras son invitadas a una cena suntuosa. Las ostras acuden en procesión. Sus conchas hacen "floc-floc", están de muy buen humor y cantan al desfilar:

"Venimos del mar
alegres, contentas.
Queremos cenar,
abridnos la puerta".

Les abren la puerta, pero, no saben lo que les espera al entrar en aquella casa construida con los restos de un viejo navío. ¡Pobres y deliciosas ostras! ¡Se sientan a la mesa para comer y se las comen a ellas!

Tweedledee y Tweedledum siguen hablando sin cesar. No se han dado cuenta de que Alicia se ha marchado de puntillas, muy despacito para no ser oída.



Ahora pasea por el asombroso jardín de los racimos de oro y flores de púrpura, de árboles plateados y bañados por una tenue luz. Bajo una ligera brisa, el agua de los surtidores repiquetea en los estanques azules. ¡Un paraíso!

Al llegar al recodo del camino, Alicia lanza un grito. ¡Qué preciosidad de casa, tan limpia, tan coquetona con su tejado de choza!

"¡Vivir en esa casa debe de ser maravilloso!"

–piensa Alicia.

En ese mismo momento, crujen los postigos de la ventana, empujados por dos patas blancas, y asoma un fino hocico.

El corazón de Alicia parece que va a estallar:

–¡Conejo blanco, conejo bonito, vengo a tu cita!

–grita con todas sus fuerzas.

Franquea la verja y se acerca a la puerta de la casita, esperando que el misterioso conejo baje a abrir...





¡Misterioso es lo menos que se podría decir! Baja a abrir la puerta y ni siquiera se sorprende de encontrar allí a Alicia. Va elegantemente vestido pero parece muy excitado. En vez de darle la bienvenida, se apresura a reprocharle:

–¡Llegas tarde, Mariana!

Alicia no sale de su asombro. ¿Por qué llega tarde? ¿Por qué la llama así?

–¡Tengo mucha prisa! Vete inmediatamente a buscar mis guantes al cajón de la cómoda.

Alicia-Mariana no se atreve a rechistar. Obedece y sube las escaleras tan deprisa como le permiten sus piernas.

Entra jadeando en la salita de don Conejo. Es un cuarto encantador: sus paredes están decoradas con cuadros que representan escenas del bosque, flores, animales... Pero Alicia no tiene tiempo de detenerse a contemplarlos. Abajo, una voz se impacienta:

–Mis guantes, Mariana, estoy esperando mis guantes. ¡Voy a llegar tarde a mi cita!

Alicia no puede menos que reír:

–¡Qué conejo tan pesado, siempre a vueltas con su cita! ¿Lo estará esperando acaso el Presidente de la República de los Conejos? ¿Dónde habrá puesto los guantes? ¡Ah, sí! me dijo que en el cajón de la cómoda.

Para poder llegar al cajón, Alicia trepa a una silla. Pero, en vez de los guantes, encuentra una bombonera. La abre: no hay bombones, pero sí unas pequeñas y apetitosas almendras. Golosa como es, se come una, dos...





... y tan sólo tiene tiempo de arrojarse al suelo para no reventar el techo. Su tamaño aumenta, aumenta hasta ocupar toda la casa. Sus pies ya han asomado por debajo de la escalera, cuando su cabeza aún está en el primer piso. Ha vuelto a convertirse en gigante. ¿No acabará nunca esta pesadilla? El conejo grita horrorizado:

—¡Un monstruo! ¡Hay un monstruo en mi casa!

Y alborota a todos los vecinos.



Hay razones para tener miedo. Los pies de Alicia sobrepasan la puerta de entrada, y las paredes tiemblan. Si hace un mínimo movimiento, la casa se vendrá abajo. ¡Y todo por dos malditas almendras! ¿Es que aquí no se puede comer nada?

–Vamos a ver, ¿qué os ocurre ahora? Es el pájaro Dodó quien acaba de llegar.Fuma tranquilamente su pipa. El conejo se arranca algunos pelos de desesperación y le muestra el espectáculo de su casa invadida.

–¿Y ahora qué hago, Dios mío, qué hago? –solloza el conejo.

Dodó no parece darle mayor importancia al asunto:

–¡Esto es fácil de arreglar!

–¿Cómo? –pregunta el conejo.

–Ahumaré la casa con mi pipa y el monstruo saldrá.

El conejo está desconcertado:
–Saldrá, saldrá... ¡eso se dice pronto! ¿Crees que la casa resistirá la salida del monstruo?
Entre tanto, Alicia ha conseguido deslizar una mano al exterior. Tantea un poco, encuentra un tallo, unas hojas, y tira: es una zanahoria. Decide comerla... ¡nunca se sabe lo que puede pasar! Y se produce el milagro: ¡otra vez tan pequeña como una hormiga!

Por fin, Alicia se aleja de aquella casa que por unos momentos fue su prisión. Prefiere ser minúscula y pasar inadvertida. El presumido Dodó, por su parte, lanza una nube de humo desde su pipa y explica, muy satisfecho:
–Ya te había dicho, querido amigo, que bastaba con ahumar a ese monstruo para que desapareciese. Dame las gracias y aprende a fumar en pipa... ¡a veces es muy útil!
El conejo no sabe si está despierto o soñando. Luego, como un maniático, grita:
–¡Mi cita! ¡Que llego tarde! Y se marcha corriendo.
Alicia se ríe. ¡Qué suerte! ¡A los conejos les gustan las zanahorias y las cultivan en sus jardines!





¡Libre! ¡Por fin es libre! Da saltitos de alegría, pero se acuerda de algo: ¡el conejo ha marchado sin sus guantes a la famosa cita! Debe de estar furioso contra Mariana, es decir, contra ella... Tiene que encontrarlo para explicarle lo que ha ocurrido verdaderamente y avisarle del peligro: si él comiese una de aquellas almendras, se volvería enormemente grande y asustaría a todos los animales del bosque; además, siendo tan grande, ¡nunca podría verla a ella, Alicia, perdida entre la hierba del prado!
Lo cierto es que Alicia cada vez quiere más a este misterioso e inalcanzable conejo. ¡Y está dispuesta a llegar con él al final de la aventura!



Recuerda que el conejo se dirigió hacia el lindero del bosque, y sale en su búsqueda. Pero allí por donde el conejo ha saltado fácilmente setos y cercados, Alicia, con sus pequeñas piernas, apenas puede avanzar. Para ella, una brizna de hierba es tan alta como una palmera. Alza los ojos al cielo y se queda boquiabierta... ¡Qué trajín por el aire! ¡Qué insectos tan chuscos! Parecen pasteles-voladores, mariposas-bizcochos... ¡A Alicia se le hace la boca agua! ¿Y esos juguetes que se balancean? ¿Son caballitos transparentes para columpiarse, o son libélulas? Casi rozan los cabellos de Alicia, que no da crédito a lo que está viendo.



¡Y cuántas flores! Alicia se desliza por entre aquellas maravillas, acariciando con los dedos el vivo terciopelo de los pétalos de color rosa, malva, amarillos.

—Mi perfume es para ti —le dice al oído un jacinto azul.

—¡Flores que hablan! —exclama Alicia.

—Nosotros también hablamos —precisa un alhelí.

—¿No dices nada de mi maquillaje? —le reprocha una margarita, enfadada.

—¿Ni de mi traje de noche, pequeña desvergonzada? —le regaña un bello lirio violeta.



Alicia vuelve la espalda a aquellas flores tan presumidas y se encuentra, de frente, con un extraño bichejo que se arrastra, ondulante y perezosamente, por la suave hierba.
–¡Buenos días! ¿Tú quién eres? –le pregunta Alicia con cierto temor.
–¿Es que no tienes ojos en la cara? ¡Soy una oruga!
Una oruga no es de temer, pero... aquella fumaba una pipa muy rara.

–¿Qué haces en este jardín? –le pregunta la oruga, lanzando grandes y redondas bocanadas de humo.
–Busco a un conejo blanco de ojos color de rosa
La oruga estalla de risa:
–¡No podrás atraparlo! He visto correr a los conejos y, desde luego, tienen unas patas muy distintas a las tuyas...
Alicia se mira desoladamente las piernecitas:
–Es cierto –reconoce–, yo no corro tan deprisa con mis cuatro centímetros...
–Justamente lo que mide mi pecho –añade la oruga, un poco más amable.
–Pero no he sido siempre así –le explica Alicia–. Antes tenía una estatura normal.
–Eso podríamos arreglarlo –contesta la oruga.





—¿Cómo? —pregunta ella esperanzada.
—Mira: ¡yo también voy a cambiar!
Y, ante la atenta mirada de Alicia, se despliegan unas alas en la espalda de la oruga, que se transforma así en una magnífica mariposa.
—¿Y yo qué debo hacer? ¡Ayúdame, por favor! —le suplica.
—Ven, mira estos champiñones. Son apetitosos, ¿verdad?
Alicia mueve la cabeza, algo indecisa: ¡ya desconfía de todo lo que sea comestible en aquel jardín encantado!
—Son champiñones mágicos —continúa la mariposa—. Si muerdes por este lado, te haces más grande; si muerdes por el otro, te haces más pequeña. Es muy sencillo, ¿no?



–Sencillo, sí, pero habrá que tener cuidado de no equivocarse –añade Alicia poco convencida.

–Bueno, haz lo que quieras... Yo te he dado un consejo de amigo. ¡Adiós, que te vaya bien!
La mariposa se marcha volando. Alicia observa los champiñones:
–Este lado me hace más grande, el otro me hace más pequeña –repite, sin saber qué hacer–. Pero una Alicia-hormiga no tiene posibilidad de alcanzar al conejo.
Por fin, habiéndose decidido, da un mordisco. No hay error: comienza a aumentar de tamaño, tal vez demasiado...



¡Otra vez gigante! Sus enormes pies aplastan la tierna hierba, y las flores ahora tan sólo son unas pequeñas manchas moteando el verde tapiz. Alicia solloza:

—¡Dios mío, esto no tiene arreglo! Aunque encuentre al conejo, me tomará por un monstruo... Entre tanto, alguien ha tomado la cima de su cabeza por una vivienda: un pájaro ha elegido como domicilio sus rubios cabellos. Alicia intenta quitárselo de encima.

—¡No toques mi nido! —se enfada el inquilino—. ¡Voy a depositar aquí mis huevos!

—¡Pero es que estás sobre mi cabeza! —protesta Alicia.

—¡De esta altura, sólo conozco las copas de los árboles! —replica el pájaro, burlándose.



–¡Este pájaro es un caradura! ¡Que vaya a poner sus huevos a otra parte!
Alicia barre el nido de un manotazo y el indeseable inquilino huye piando de indignación.
Luego reflexiona: "¡Ya está bien de vivir unas veces a ras del suelo y otras con la cabeza en las nubes!" Ni hormiga ni elefante. Alicia quiere volver a ser una muchacha normal. Lanza una tímida mirada a los champiñones y piensa:
–Si comiese solamente una migaja, solamente una pequeñísima migaja, a lo mejor...
Y, efectivamente, lo logró: Alicia es de nuevo Alicia. Prudentemente, guarda en el bolsillo los restos del champiñón. ¡Nunca se sabe! ¡Pueden hacerle falta en cualquier momento!



¡Uf! Todo vuelve a su sitio: las plantas a sus pies, los árboles por encima de su cabeza, y el camino ante ella... ¿Un solo camino? No, hay más de uno. ¡Otro rompecabezas! ¿Cuál es el que la conducirá hasta su amigo el conejo? ¿Debe ir a la derecha, a la izquierda o tomar el sendero del medio? Sobre la blanca arena no hay huella alguna que pueda guiarla. ¿A quién pedir consejo? Una voz resuena a sus espaldas:
–¡A mí se me ocurre una idea!
Alicia se sobresalta.



Habiéndose acercado muy sigilosamente, un gato majestuoso, de risa burlona, aparece mismamente detrás de ella. ¿Será amigo o enemigo? Por si acaso, lo saluda cortésmente:

—¡Buenos días! Me llamo Alicia y busco a un conejo de ojos color de rosa.

—Yo soy el Gato de los Deseos —dice éste, muy orgulloso—. Yo sé muchas cosas —añade con aire de importancia.

¡A Alicia le bastaría con que conociese el buen camino!



—¡Sígueme! —le dice el gato. Y, muy seguro de sí mismo, toma el camino de la derecha.
—¿Estás seguro de que el conejo que yo busco ha pasado por aquí? —pregunta tímidamente.
—¿Tu conejo? ¿Qué conejo? Yo te llevo a casa de la Liebre de Marzo. Es amiga mía.
Alicia no se atreve a protestar. ¡Después de todo, una liebre y un conejo vienen a ser de la misma familia, y a lo mejor viven juntos! Pero el gato la saca de su error:
—Allí encontrarás también al Sombrerero Loco. ¡Es un tipo muy curioso! Tomaremos el té con ellos...
¡Esto ya no hay quien lo entienda!



El camino desemboca en un calvero del bosque. El gato no ha mentido: sobre el verde césped, está dispuesta una gran mesa, con tazas de plata y una tetera humeante. Un hombrecito con chistera la invita a tomar asiento. La Liebre de Marzo atiende el servicio dando vueltas alrededor de la mesa. Luego toma su taza de té gritando:

—¡Cuanto más locos estemos, más nos reiremos! ¡Viva esta fiesta de no-cumpleaños!

Alicia cree haber entendido mal. Bebe un poco de aquel reconfortante té e inmediatamente pregunta:

—¿Viva...qué?

—Este no-cumpleaños. Un cumpleaños se celebra una vez al año. Por eso, nosotros festejamos los no-cumpleaños cuando nos da la gana; todos los días, si nos apetece.

Alicia se queda pensativa: la Liebre de Marzo tiene unas ideas muy raras, pero ésta es verdaderamente original y, desde luego, bastante aceptable...



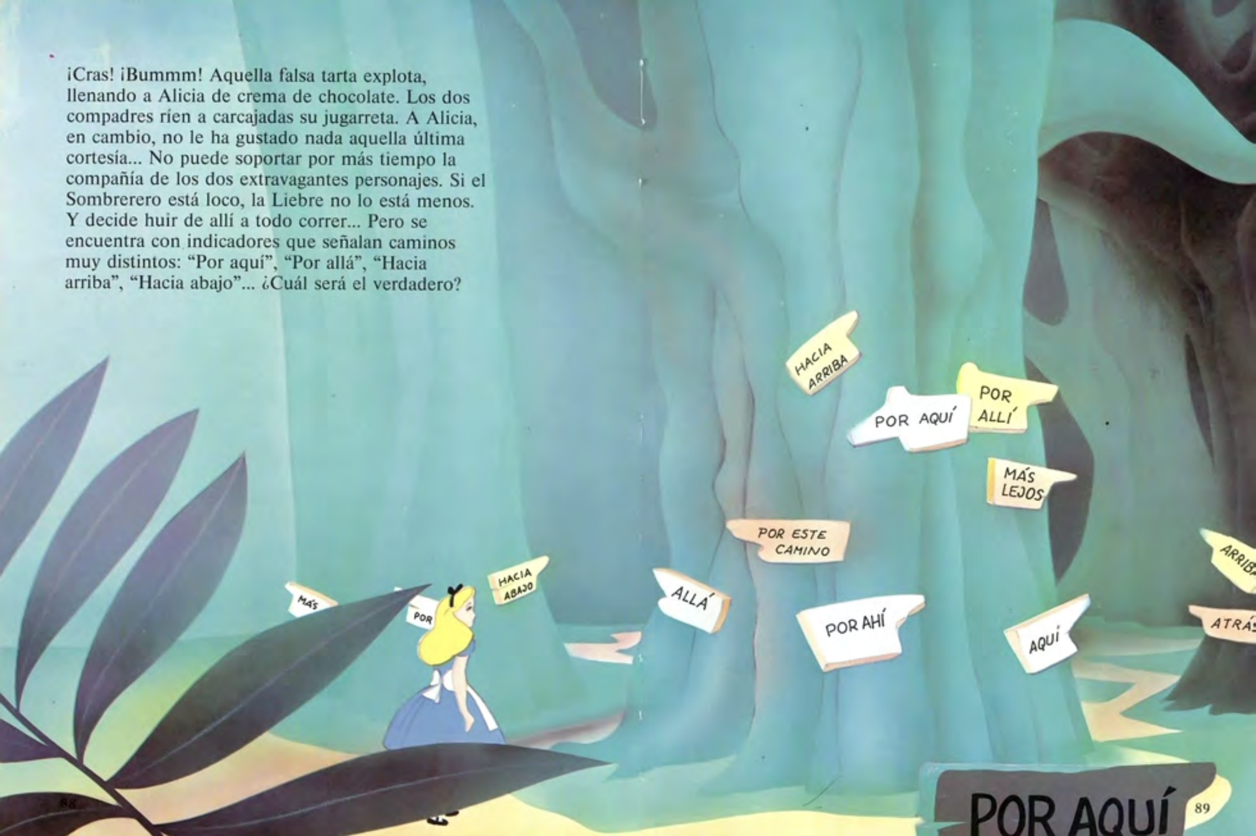
Así pues, a celebrarlo. Otro té bien calentito le dará fuerzas para correr tras el rastro del conejo. Por el momento, es como si estuviera en un elegante salón de té, entre gente distinguida y de exquisitos modales:

—¡Por vuestro no-cumpleaños! —dice el Sombrerero Loco, levantando su taza con la mano derecha y su chistera con la izquierda. Luego, se inclina galantemente ante Alicia y... derrama el té ardiendo sobre su propio chaleco y su pajarita.



La Liebre de Marzo acude brincando por entre las tazas y los platillos para reparar los desperfectos.
—¡Este té es muy bueno! ¡Calma los nervios!
Alicia piensa todo lo contrario, pero no se atreve a contradecir a tan excitada liebre.
—Querida muchacha, de la que ahora festejamos el no-cumpleaños, ¿tendría la amabilidad de levantar, con su linda mano, esta mi humilde chistera, bajo la que se esconde un maravilloso regalo? —El Sombrerero Loco se ha despachado con esta parrafada e inclina cortésmente la cabeza. Alicia, sensible a tanta gentileza, levanta la chistera, bajo la que aparece una tarta con una vela encendida.

¡Cras! ¡Bummm! Aquella falsa tarta explota, llenando a Alicia de crema de chocolate. Los dos compadres ríen a carcajadas su jugarreta. A Alicia, en cambio, no le ha gustado nada aquella última cortesía... No puede soportar por más tiempo la compañía de los dos extravagantes personajes. Si el Sombrerero está loco, la Liebre no lo está menos. Y decide huir de allí a todo correr... Pero se encuentra con indicadores que señalan caminos muy distintos: "Por aquí", "Por allá", "Hacia arriba", "Hacia abajo"... ¿Cuál será el verdadero?





Alicia se desespera. No entiende nada de lo que allí ocurre. El paraíso entrevisto a través del ojo de la cerradura, es realmente un mundo loco, loco, loco. Ya no se atreve ni a dar un paso. ¿Qué habrá al final del camino? La respuesta no se hace esperar: ¡Comienzan a desaparecer todos los caminos! Un perro-escoba —que ladra, escarba, rastrilla, esparce la tierra, las piedras, las hierbas y todo lo que encuentra a su paso —los ha barrido. Y se va como vino, dejando a Alicia perdida en aquel lugar arrasado. Se sienta y contempla a su alrededor los más extraños animales. ¡Aunque ya nada puede sorprenderla!





Una carcajada le hace levantar la cabeza. ¡Es el Gato de los Deseos, subido a lo más alto de un árbol!
—¿Aún sigues perdida? —le pregunta—. ¡No haces más que extraviarte!
Alicia se encoge de hombros y le reprocha:
—¡Es por tu culpa! Yo buscaba un conejo blanco y me has conducido a casa de una liebre completamente loca.
—Desde luego, no eres nada agradecida. Por suerte, yo tengo buen carácter. Te perdono tu mal humor y estoy dispuesto a ayudarte una vez más.
Alicia no se fía de sus palabras, pero el Gato prosigue con autoridad:
—Conozco un pasadizo secreto. ¡Sígueme!

Parece muy seguro de sí mismo y Alicia se decide a obedecer. A lo mejor esta vez es sincero. El gato avanza con gran agilidad y se detiene delante de una enorme encina, que araña con sus patas. Un crujido y... ¡el tronco se abre! ¡Una nueva sorpresa para Alicia! Ante ella, una alameda bordeada de floridos arbustos invita a pasear. Una avenida sin peligro alguno, aparentemente. Tiene que conducir a alguna parte, tal vez hasta la famosa cita del Conejo Blanco. Alicia echa a correr, esperanzada. Y, justamente al final del camino, aparece un palacio de ensueño, con unas esbeltas torres.

—¡Hemos llegado al Palacio de la Reina de Corazones! —declara el gato respetuosamente.





Al atravesar la rosaleda, se respira un delicioso aroma. Pero, ¿quiénes son esos extraños jardineros subidos en unas escaleras? ¡Increíble! ¡Son naipes! Alicia reconoce el dos de trébol, el tres de picas y el diez de corazones. Armados de pinceles, trabajan afanosamente.

–¿Sois los encargados de cuidar las rosas? – pregunta Alicia, sorprendida.

Una triple carcajada le responde:

–Nosotros convertimos las rosas blancas en rosas rojas... ¡A la Reina sólo le gustan las rosas rojas!



Pintar de rojo rosas blancas, ¡qué curioso trabajo para unos jardineros! Pero, después de todo, si es así como agradan a la Reina... Dice adiós a los tres pintores y continúa su camino. El aire es apacible, los pájaros cantan. Alicia se siente más aliviada, como si la felicidad estuviese ya cercana. Apenas a cincuenta metros del palacio, estalla la fanfarria triunfal. Alicia casi no puede contener los latidos de su corazón: el Conejo Blanco está allí mismo, haciendo sonar la trompeta a los cuatro vientos. Se detiene ante ella y anuncia:

—¡Su Majestad la Reina!



Se abren las grandes puertas del palacio. Dos filas de soldados avanzan en perfecto orden: son también naipes, vestidos de negro, rojo y blanco. Detrás de ellos, toda una muchedumbre de cortesanos, en traje de ceremonia.

A continuación, mucho más alegre, una retahíla de niños bailando una farándula, agarraditos de la mano. "¡Serán los príncipes!", piensa Alicia.
El desfile continúa. A cierta distancia viene la sota de corazones, portando orgullosamente, sobre un cojín escarlata, la corona real. ¡Y, por fin, la Reina!





¡La Reina de Corazones! ¡Una mujer fea, de rostro severo! Se detiene a tres pasos de Alicia y le pregunta:
–¿Quién eres tú y qué haces aquí?
Alicia responde en voz baja:
–No soy más que una niña, Majestad, y busco mi camino...
–¿Tu camino? ¡Todos los caminos me pertenecen, insolente! ¡Esos inútiles nunca debieron dejarte pasar!
Luego, un poco más sosegada, le dice:
–¿Sabes jugar al criquet?
–Un poco –balbucea Alicia, atónita.
–Entonces, vamos a jugar.
Y comienza una curiosa partida: un erizo hace las veces de pelota, y unos flamencos sirven de palos.



Los cortesanos aplauden. La Reina parece divertirse:
–Está bien, pequeña –aprueba con su voz atronadora.
Para evitar que se enfurezca de nuevo, Alicia se esfuerza por dejarla ganar, multiplicando sus golpes fallidos. La Reina golpea, con todas sus fuerzas y con el largo cuello del flamenco, al erizo-pelota. Pero hay alguien que no está muy de acuerdo con el desarrollo de esta partida trucada: el Gato de los Deseos, que quiere dar una lección a la Reina. Salta por detrás de ella y engancha el borde de su vestido al pico de un flamenco que estaba a la espera de ser utilizado.



Todos contienen la respiración. Su Majestad no ha visto nada, no se ha dado cuenta de nada. ¡Ella ganará! ¡Una Reina siempre gana! Levanta el brazo para dar el golpe de la victoria final y... ¡patatrás! El pico del flamenco no suelta, el vestido tampoco, y la ilustre Reina cae patas arriba. ¡Se acabó su dignidad, se acabó su arrogancia! Humillada, se retuerce por el suelo, con las piernas al aire, en medio de risas y burlas. ¡Qué revancha para todos aquellos a los que siempre ha tenido bajo su bastón! Hasta el Rey de Corazones –un rey pequeñajo que la sigue como si fuera su sombra–, suelta una carcajada. Por fin, la Reina logra levantarse. ¡Cuidado con su reacción!



Se ahoga de rabia:
–¡Sois todos unos tontos, unos desgraciados, unos asesinos!
La mirada enfurecida de Su Majestad recorre los rostros de todos los allí presentes y se detiene en el de Alicia:
–¡La primera culpable eres tú a quien yo he concedido el honor de jugar un partido real! ¡No debería haberme fiado de ti: no eres ni de picas, ni de corazones, ni de tréboles, ni de diamantes! ¡Tú no perteneces a este reino!
–Pero yo no pedí jugar. Fue Su Majestad quien...
–¡Aquí soy yo la que impongo la ley! –le interrumpe tajantemente la Reina–. Y esta es mi decisión: "Guardias, lleváosla de aquí y cortadle la cabeza".
Todos tiemblan de miedo.

–Yo solicito el juicio del Tribunal.
Es una voz tímida, vivamente emocionada, la que acaba de pronunciar esas palabras: la del pequeño Rey al que nadie ha escuchado jamás. Hasta la Reina queda sorprendida:
–Bueno, pues al Tribunal –concluye.



Todo dispuesto para el juicio. Alicia está muy asustada. La Reina, roja de ira, ocupa su lugar en un elevado trono. El pequeño y valiente Rey se instala en un escaño más modesto. ¿Será el salvador de Alicia? La Reina se levanta y grita:
—He de informar al Tribunal que Alicia, aquí presente, es culpable de un crimen de lesa-majestad sobre mi persona. Se le cortará la cabeza. Tal es mi voluntad.
Y se vuelve a sentar.
—¡Esto no es un juicio! —protesta el pequeño Rey—. Los miembros del jurado deben dar su opinión, intercambiar pareceres...
—¡Yo no tengo por qué intercambiar opiniones con nadie! ¡He dicho que se le cortará la cabeza y se acabó!
Alicia se estremece al pasar la mano por su lindo cuello.
—He aquí el Libro de las Leyes. Ningún artículo condena a esta niña —replica el Rey.
—¡Pues añadiré un artículo! —se obstina la Reina.
—Primeramente debemos escuchar a los testigos... —el Rey los busca con la mirada, pero nadie se mueve. ¡Otras muchas cabezas temen ser cortadas! La de Alicia, entre tanto, trabaja a toda velocidad: ¡debe salvarse por sí misma!



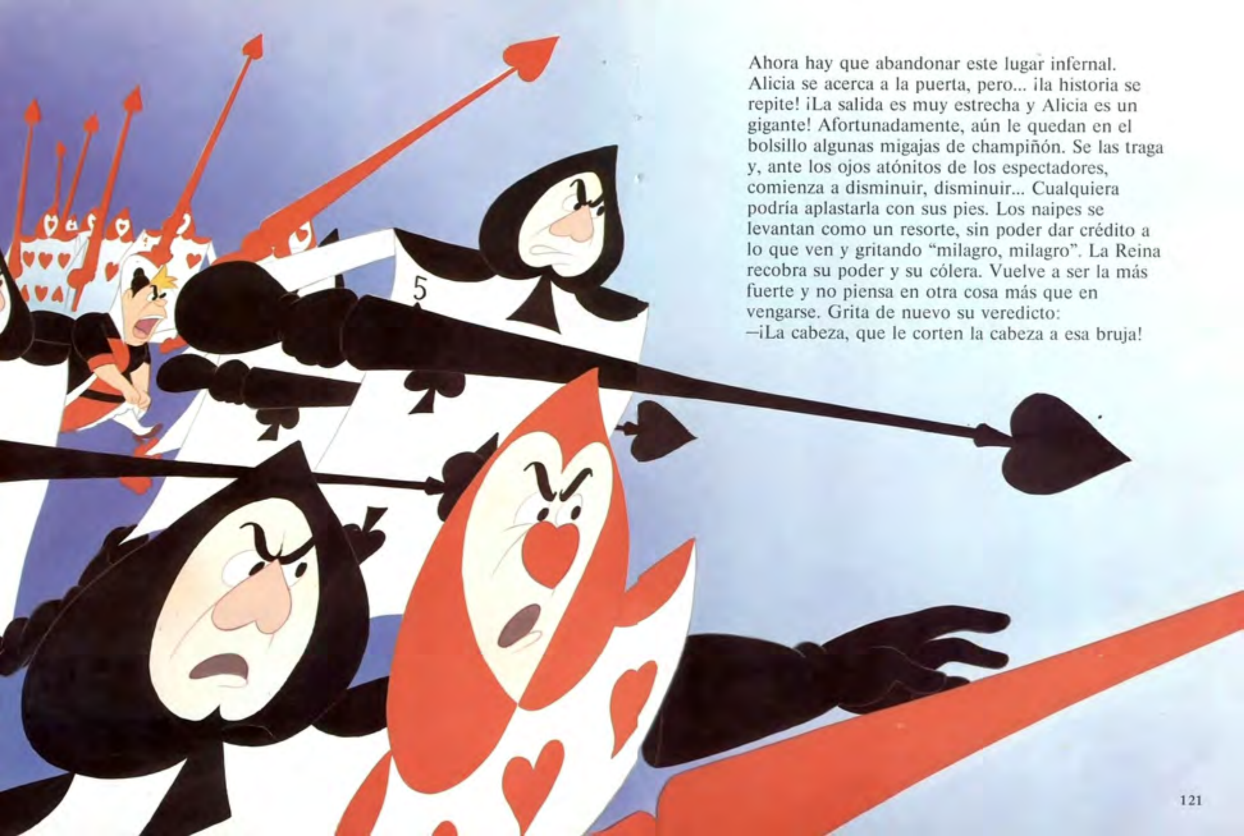
Alicia es consciente de que el pequeño Rey, a pesar de su valentía, nunca podrá tomar la decisión final. Los demás son tan ridículos como peligrosos. Piensa en el Conejo Blanco, en el Gato de los Deseos, e incluso en aquellos dos locos, el Sombrerero y la Liebre de Marzo...
"¡Inspiradme una idea" —suplica mentalmente.
Y he aquí que, de pronto, una pequeña luz parpadea en su cerebro: recuerda la casa del conejo, el terror de éste cuando ella aumentó de tamaño hasta taponar puertas y ventanas. Mete la mano en su bolso: sí, aún están allí los restos del champiñón mágico. Por un lado, para hacerse más grande; y, por el otro, para hacerse más pequeña. No hay que equivocarse. ¡Crac! Un mordisco y... ¡ya está! ¡Alicia se ha vuelto gigante! Todo el Tribunal está a sus pies. Un "ohhh" de asombro y admiración sale de todas las bocas.

Las picas, los tréboles, los diamantes, los corazones, todos se precipitan buscando la salida. ¡Aquello es un revoltijo increíble! La más asustada es la Reina. Por primera vez en su vida, no es dueña de los acontecimientos: Alicia la domina desde lo alto. Ha perdido su arrogancia y suplica:

–Olvida lo que he dicho. No era más que un juego. Lo de cortarte la cabeza era mentira. Si quieres, seremos amigas y este palacio será tuyo...

Alicia sabe que aquella mujer cruel, que ahora tiembla de miedo, está mintiendo. Y le vuelve la espalda sin responder siquiera.





Ahora hay que abandonar este lugar infernal. Alicia se acerca a la puerta, pero... ¡la historia se repite! ¡La salida es muy estrecha y Alicia es un gigante! Afortunadamente, aún le quedan en el bolsillo algunas migajas de champiñón. Se las traga y, ante los ojos atónitos de los espectadores, comienza a disminuir, disminuir... Cualquiera podría aplastarla con sus pies. Los naipes se levantan como un resorte, sin poder dar crédito a lo que ven y gritando "milagro, milagro". La Reina recobra su poder y su cólera. Vuelve a ser la más fuerte y no piensa en otra cosa más que en vengarse. Grita de nuevo su veredicto:

—¡La cabeza, que le corten la cabeza a esa bruja!



Alicia ya está acostumbrada a estas transformaciones mágicas: conoce las ventajas y los inconvenientes. Trata de escabullirse a través de aquella muchedumbre. Es tan minúscula que se desliza como un invisible fantasma entre aquel bosque de piernas y de pies. La Reina sigue gritando:
–¡Detenedla! ¡Bruja! ¡Criminal!... ¡Su cabeza! ¡Cortadle la cabeza!
Pero nadie sabe dónde encontrar esa cabeza. Su Majestad se desespera. Bajo el "fru-fru" de su traje de seda, se esconden guardianes y cortesanos. Alicia oye entonces una voz amiga:
–Huye, rápido, huye...
El pequeño Rey la arrastra hacia la puerta. Alicia le llega a la altura de sus zapatos... ¡y los sigue confiada! ¡Uf! ¡Por fin ha logrado salir!

¡Qué hermoso es volver a ver el sol, respirar el aire puro, contemplar el verde paisaje! Pero... ¿adónde dirigirse ahora? Los arbustos, perfectamente recortados, levantan murallas a su alrededor. Los caminos se entrecruzan. ¡Es un laberinto! ¿Cuál es la salida? Los gritos de sus perseguidores se acercan. El peligro aumenta. ¿Será necesario seguir corriendo hasta el fin del mundo? Alicia se siente cansada, extenuada, se acurruca al pie de un gran boj.



Oye cada vez más cerca la voz atronadora de la Reina:
–No debe de estar muy lejos. ¡Buscadla! ¡Encontradla! ¡Su cabeza, su cabeza!
La cabeza de Alicia aún sigue sobre sus hombros pero comienzan a pesarle los párpados..., se siente como rodeada por una nube, que la hace invisible a sus enemigos. ¡Oh! ¡Descansar, dormir después de tantas emociones! Pero... ¿qué sucede? ¿Quiénes son? ¿La Liebre de Marzo? ¿El pájaro Dodó con su pipa? ¿El Sombrerero Loco o el Gato de los Deseos? Le están hablando, pero ella no entiende lo que le dicen, y la brisa que se levanta los arrastra suavemente... Alicia murmura con voz soñolienta:
–Conejo Blanco, ten cuidado con las zanahorias... ¡Desconfía de la Reina de Corazones!





—¡Despiértate, perezosa! Mientras tú dormías, he acabado de leer mi libro. Tenemos que marchar.
Ana le da unos suaves golpecitos en el hombro. Alicia se frota los ojos y suspira:
—¡He faltado a la cita!
Ana no comprende lo que quiere decir. El sol se oculta por el horizonte y las dos hermanas regresan a casa. Pero Alicia sabe que en el País de las Maravillas siempre está corriendo un extraño conejo de ojos color rosa, y cuyo reloj hace "tic-tac-tic-tac", lo cual quiere decir: ¡Llego tarde! ¡Llego tarde!



Merlín el Encantador
Pinocho
Peter Pan
Alicia en el País de las Maravillas
El Libro de la Selva
Donald y sus amigos
Basil, el ratón superdetective
Tarón y el caldero mágico
La Cenicienta
Dumbo
La Bella durmiente del bosque
Bambi
Blancanieves y los siete enanitos
Los Aristogatos
101 Dálmatas
La Dama y el Vagabundo
La Navidad de Mickey
Robin Hood
El osito Winnie
Tod y Toby
Los Rescatadores

